

Lawrence Durrell

MOUNTOLIVE



Tercer tramo en la fascinante serie de novelas que componen el Cuarteto de Alejandría. En este relato aparecen una nueva dimensión, un nuevo tono; por un lado, un estilo que, sin perder su exquisita sutileza, se vuelve más simple y objetivo; por el otro, los temas del poder y la intriga política. Nessim y Justine Hosnani aparecen ahora dirigiendo una conspiración que lleva a la muerte a dos de los personajes principales, y David Mountolive, el diplomático inglés, imagen y representación de todo un mundo, comprende que no le es posible actuar libremente, que —como todos los hombres— vive entre los muros de la fuerza de los acontecimientos y de la historia.

Pero acaso el personaje más sorprendente, imprevisible y, por lo mismo, fascinante, es aquí Naruz, el hermano de Nessim, que se muestra como un inspirado místico primitivo en medio de un espacio donde se desatan las pulsiones del poder, el deseo erótico, la ambición y la muerte.

A Claude
αγαθου διαμονος

NOTA

Todos los personajes y situaciones descritos en este libro (hermano de *Justine* y de *Balthazar*, y tercer volumen de un cuarteto) son puramente imaginarios. He usado del derecho del novelista al tomarme unas cuantas libertades indispensables respecto de la historia contemporánea del Medio Oriente y de la estructura del personal en el servicio diplomático británico. También he mejorado la belleza de la plaza Trafalgar, añadiéndole unos cuantos olmos. *Honi soit qui mal y pense*.

Disipado el sueño, si uno hubiera de recobrar el estado de ánimo propio del sentido común, el hecho sólo parecería tener mediana importancia: es la historia del hacer mal con la imaginación. Todo el mundo la conoce y a nadie ofende. Pero ¡ay! A veces uno lleva la cosa un poquito más lejos. ¿Cuál —nos atrevemos a preguntar—, cuál sería la realización de la idea si su mera forma abstracta nos ha exaltado así, nos ha conmovido tan hondamente? Entonces la siniestra ensoñación cobra vida y su existencia es un crimen.

D. A. F. DE SADE: *Justine*.

I

Como joven que prometía mucho más de lo común, lo habían enviado a Egipto por un año, a fin de mejorar su dominio del idioma árabe; y se encontró agregado a la Alta Comisión como una especie de escriba, esperando su primer puesto diplomático; y ya se comportaba como un joven secretario de legación, con plena conciencia de las responsabilidades del futuro cargo. Pero hoy le resultaba un poco más difícil que de costumbre mantenerse serio; tan emocionante se había hecho la partida de pesca.

A decir verdad, tenía olvidados casi por entero sus pantalones de tenis, otrora tirantes de bien planchados, y su chaqueta de colegio; ni reparaba en que el agua del pantoque, subiendo por entre las tablas del piso, manchaba la punta de sus zapatillas blancas con un casquete negro. En Egipto uno se olvidaba continuamente de sí mismo. Bendi-jo la carta casual de presentación que le llevó a los campos de los Hosnani, a la amplia casona, construida sobre una red de lagos y taludes de Alejandría. Sí.

El «punt» que lo conducía ahora, a lentos empujones por el agua turbia, se volvía lentamente hacia el este, para tomar posición en el gran semicírculo de botes que se cerraba gradualmente sobre una zona objetivo delimitada por las oscuras espinas de cañas de las cuencas donde se congregaban los peces. Y mientras se acercaban, golpe por golpe, cayó la noche egipcia... súbita reducción de todos los objetos a bajorrelieves sobre un biombo de oro y violeta. La tierra se había puesto densa como un tapiz en el reflejo crepuscular, color lila, temblando aquí y allí, con espe-

jismos de agua producidos por la humedad que subía, expandiendo y contrayendo horizontes, hasta que el mundo le parecía a uno reflejado en una trémula pompa de jabón, próxima a desaparecer. También las voces, del otro lado del agua, sonaban ora altas, ora tiernas y claras. Su propia tos volaba al otro lado del lago en súbitos aletazos. Oscurecía, pero hacía calor aún; la camisa se le pegaba a la espalda. Las lanzas de oscuridad que llegaban hasta ellos sólo diseñaban la forma de las islas bordeadas de cañaverales, que puntuaban el agua como grandes acericos, como zarpas, como cojines. Lentamente, al ritmo de la plegaria o la meditación, el gran arco de botes se estaba formando y cerrando, pero como la tierra y el agua se licuaban en ese ritmo, se tenía una y otra vez la ilusión de que viajaban a través del cielo, más bien que de las aguas aluviales del Mareotis. Y más allá de la vista, podía oír el chapaleo de los gansos y, en un rincón, el agua y el cielo se separaban bruscamente al alzarse una bandada de ellos, arrastrando sus membranosos pies a través del estuario, como hidroaviones, chillando roncamente. Mountolive suspiró y miró, hacia abajo, el agua parda, con el mentón en las manos. No estaba acostumbrado a sentirse tan contento. La juventud es la edad de las desesperaciones.

Detrás de sí oía al hermano menor, Naruz, el de labio leporino, refunfuñando a cada empujón de la pértiga, cuando la sacudida de la barca repercutía en sus riñones. El lodo, espeso como jalea, goteaba cayendo de nuevo en el agua, con un lento «flob flob», y el palo lo succionaba con fruición. Era muy hermoso, pero con un olor repugnante, aunque, para sorpresa suya, vio que casi le gustaban los olores a podrido del estuario. Rachas de viento, desde el lejano horizonte del mar, subían como marea en torno a ellos, de tiempo en tiempo, refrescando la mente. Coros de mosquitos zumbaban como una lluvia de plata en el ojo del sol muriente. La telaraña de luz cambiante puso fuego a su espíritu.

—Naruz —dijo—, estoy tan contento... —y escuchaba sus propios y tranquilos latidos.

El joven emitió su risa típica, silbante:

—Bien, bien —contestó subiendo y bajando la cabeza. Pero esto no es nada. Espere, ya estamos cerrando.

Mountolive sonrió. «Egipto», dijo para sí como quien repite un nombre de mujer. «Egipto».

—Allá, mire —exclamó Naruz con voz ronca y melodiosa. Los patos no son *rusés*, ¿sabe? —(hablaba un inglés imperfecto y pomposo). Por eso cazarlos es fácil. Ustedes dicen cazarlos, ¿no? Hay que zambullirse debajo de ellos y agarrarlos de las patas. Más fácil que tirarles ¿eh? Si quiere, mañana iremos.

Gruñó de nuevo al palo impulsor y suspiró.

—¿Y qué hay de las víboras? —preguntó Mountolive. Había visto varias grandes, nadando por ese lugar aquella tarde.

Naruz encogió sus robustos hombros y rió.

—No hay víboras —respondió riendo de nuevo.

Mountolive se volvió de costado para apoyar la mejilla en la madera de la proa. Con el rabillo del ojo podía ver la figura de su compañero que se alzaba al hundir la pértiga y estudiar los peludos brazos y manos, las recias piernas musculosas.

—¿Tomo un turno? —preguntó, en árabe. Ya había notado cuánto les gustaba a sus huéspedes que les hablara en su lengua natal. Sus respuestas, entre sonrisas, eran como un abrazo. ¿Lo tomo?

—No, no —contestó Naruz, sonriendo con su fea sonrisa, sólo redimida por unos magníficos ojos y una profunda voz. El sudor le goteaba del rizado cabello negro, de pico de viuda. Después, no fuera que la negativa pareciera descortés, añadió—: La corrida empezará con la oscuridad. Yo sé qué hacer, y usted tiene que quedarse sentado y mirar los peces.

Las dos pequeñas franjas de carne rosada que bordeaban su labio partido estaban húmedas de saliva. Guiñó los ojos con cariño al joven inglés.

Ahora la oscuridad avanzaba a la carrera hacia ellos y la luz expiraba. Súbitamente, Naruz exclamo:

—¡Ahora es el momento! Mire allí.

Batió las palmas fuertemente y gritó por sobre el agua, sobresaltando a su compañero que siguió, levantando la cabeza, la dirección que señalaba el dedo.

—¿Qué?

El sordo estampido de un tiro disparado desde el bote más lejano estremeció el aire, y repentinamente el horizonte quedó cortado en dos por una nueva bandada, que se levantaba con más lentitud y dividía la tierra del aire, en una herida roja, viajera; como el corazón de una granada mirando a través de su cáscara. Después, pasando de rosada a escarlata, se pintó de blanco y cayó sobre el lago como una nieve que se derritiera al tocar el agua.

—Flamencos —gritaron los dos riendo, y la oscuridad se cerró, extinguiendo el mundo visible.

Por un largo rato descansaron, respirando hondamente, dejando que los ojos se acostumbraran a ella. Voces y risas llegaban desde los botes distantes, flotando a través de su sendero. Alguien exclamó: «Ya Naruz», y de nuevo, «Ya Naruz». Él se limitó a gruñir. Y en esto llegó el breve sonido sincopado de un tamborileo con los dedos, cuyos ritmos se copiaron en seguida en la mente de Mountolive, de modo que sintió que sus propios dedos empezaban a tamborilear sobre las tablas. El lago estaba sin piso ahora, el lodo amarillo se había desvanecido, el lodo blando resquebrajado de prehistóricas fallas lacustres, o el lodo bituminoso que arrastraba el Nilo delante de sí, camino del mar. Toda la oscuridad seguía oliendo aún a ese barro. «Ya Naruz», volvió el grito, y Mountolive reconoció la voz de Nessim, el hermano mayor, llevada sobre un soplo marino mientras espaciaba las palabras:

—Tiempo... de... encender...

Naruz emitió un grito de respuesta y gruñó de satisfacción, mientras buscaba fósforos en el bolsillo:

—Ahora va a ver —dijo con orgullo.

El círculo de botes se había estrechado lo bastante para abarcar las cuencas de peces, y en la cálida oscuridad empezaron a chisporrotear fósforos y prontamente las lámparas de carburo se prendieron como trémulas flores amarillas, vacilando hasta definirse, permitiendo a los que estaban fuera de línea rectificar su posición. Naruz se inclinó sobre su huésped y tanteó buscando la proa. Mountolive olió el sudor del robusto cuerpo de Naruz, que probaba el tubo de goma y sacudía la vieja caja de baquelita del farol, llena del residuo de carburo. Después dio vuelta una llave, prendió un fósforo y por un momento densas nubes de humo envolvieron a los dos hombres, que contuvieron el aliento, pero el ambiente se despejó rápidamente mientras debajo de ellos florecía, como un inmenso cristal de colores, un semicírculo de agua del lago, candente y fiel como una linterna mágica al reflejar las sobresaltadas imágenes de peces que se dispersaban y volvían a formarse con movimientos de sorpresa, curiosidad, quizá placer inclusive. Naruz expeló el aliento con fuerza y volvió a su lugar.

—Mire abajo —dijo—, pero mantenga bien baja la cabeza.

Como Mountolive, que no había entendido esta última parte del consejo, se volvía para preguntarle, agregó:

—Póngase un saco en la cabeza. Los martin pescadores se enloquecen con el pescado y no saben ver de noche. La última vez me cortaron la mejilla y Sobhi perdió un ojo. Mire adelante y abajo.

Mountolive hizo lo que le ordenaban y se quedó allí flotando sobre el nervioso charco de luz del farol cuyo piso era de pronto un cristal sin par, no barro, y estaba animado por tortugas acuáticas, ranas y peces que se deslizaban, toda una población perturbada por el mundo superior que se

había entrometido en el suyo. La barca se sacudió nuevamente y avanzó, mientras la fría agua del pantoque le subía alrededor de los dedos de los pies. Con el rabillo del ojo podía ver que el gran semicírculo de luz, la cadena de flores de fuego, se iba cerrando más rápidamente, y, como para dar a los botes orientación y medida, se levantó el rumor de un tamborileo y un canto apagado y melancólico, pero imperioso. Sintió que el empujón del bote, que daba vuelta, repercutía nuevamente en su columna vertebral. Experimentaba unas sensaciones que no le recordaban nada de lo que había conocido antes; sensaciones completamente originales.

Ahora el agua se había vuelto densa y espesa; como una sopa de avena que se va espesando poco a poco al ser revuelta a fuego lento. Pero cuando miró mejor, vio que no era el agua sino la multiplicación de los peces lo que producía esa sensación. Pululaban, se lanzaban como un disparo hacia adelante, en escuadras, excitados por la propia conciencia de su número, pero todos deslizándose y entrechocándose en una misma dirección. El cerco se había ajustado como un dogal, y ya solamente veinte pies los separaban del próximo bote, del próximo charco de luz de cera. Los barqueros habían empezado a lanzar gritos roncós y a golpear las aguas a su alrededor, excitados ellos mismos por los presentimientos de aquellos enjambres de peces que se apiñaban en el fondo blando del lago, excitándose más y más cuando empezaban las partes bajas, y se sentían atrapados en el círculo reluciente. Ahora había algo de delirio en la forma en que daban vueltas y vueltas en enjambre. Vagas sombras humanas desenrollaron redes de mano en los botes, y el griterío se hizo más denso. Mountolive sintió que la sangre le corría más rápidamente.

—Espere un momento —le gritó Naruz. Quédese quieto.

Las aguas se espesaron como cola; cuerpos de plata saltaban en la oscuridad sólo para caer de vuelta, chispeando

como monedas, en la parte baja. Los círculos de luz se tocaron, se superpusieron y el cerco quedó completo, y desde su alrededor llegó un golpeteo y un crujido de cuerpos oscuros que saltaban a la parte de poca agua, desplegando y uniendo extremo con extremo, las largas redes de mano cuyas mallas oscuras se hinchaban ya, como medias de Navidad, con los cuerpos convulsivos de los pescados. Los que saltaban se habían asustado también y sus brincos de pánico desgarraban toda la superficie de la hoya, echando hacia atrás agua fría sobre los faroles temblorosos, cayendo dentro de las barcas como una cosecha estremecida de frías escamas y colas tamborileantes. Sus excitantes forcejeos de agonía eran tan contagiosos como lo fuera antes el redoble de tambor. La risa sacudía el aire cuando las redes se cerraban. Mountolive pudo ver árabes con sus largas ropas blancas recogidas hasta la cintura, pujando hacia adelante, con manos firmes asidas a las oscuras proas que tenían a su lado, empujando lentamente hacia adelante las redes eslabonadas. La luz se reflejaba en los oscuros músculos. Su barbárica alegría llenaba la oscuridad.

Y vino otro fenómeno inesperado, porque el cielo mismo comenzó a espesarse encima de ellos, como el agua lo había hecho debajo. Súbitamente la oscuridad se infló de formas irreconocibles, pues los peces sobresaltados habían puesto sobre aviso a los que dormían en las playas, y con gritos ásperos e incoherentes los nuevos visitantes del estuario exterior, bordeado de juncos, se unieron a la caza — centenares de pelícanos, flamencos, grullas y martin pescadores— que acudían, en trayectorias irregulares, a lanzarse sobre el agua y a caer y disparar picotazos contra los peces que saltaban. Las aguas y el aire se estremecían por igual de vida, mientras los pescadores alineaban sus redes y echaban la pesca pululante dentro de los botes o volvían para afuera las redes dejando que las goteantes cascadas de plata se derramaran sobre la borda hasta que los timoneles quedaban cubiertos hasta el tobillo por los cuerpos

que se azotaban convulsivamente. Había más que de sobra para hombres y pájaros, y mientras los moradores más grandes del lago plegaban y despleaban torpes alas, como anticuadas sombrillas, o bien revoloteaban en desmañados grupos sobre el agua bullente, los martin pescadores, y las gaviotas cazadoras de arenques venían de todas partes con la velocidad del rayo, semienloquecidas de codicia y excitación, volando en itinerarios suicidas, algunas para romperse el cogote en la cubierta de los botes, otras para relampaguear, con el pico adelante, sobre el cuerpo de un pescador, abriéndole una mejilla en su aterradora avidez. El chapaleo del agua, los gritos roncros, el disparo de los picotazos y aletazos, y el loco tamborileo de los dedos confeñían a toda la escena un esplendor inolvidable, que a Mountolive le recordaba vagamente algunos remotos frescos faraónicos de luz y oscuridad.

Aquí y allí también los hombres se pusieron a espantar a las aves dando palos al aire, de modo que entre los montones pululantes de peces se podía ver, con sorpresa, un arco iris de plumas, de color mágico, y unos picos rotos de los cuales brotaba sangre, cayendo sobre las escamas de plata. La escena continuó de este modo durante tres cuartos de hora hasta que las barcas estuvieron repletas hasta el borde. Nessim estaba ya junto a ellos, gritándoles en la oscuridad:

—¡Tenemos que volver! —Señaló una linterna que ondulaba del otro lado del agua, creando una cálida cueva de luz donde consiguieron ver los flancos suavemente curvos de un caballo y el filo dentado de las hojas de palma. Mi madre nos espera —agregó. Su cabeza impecable se inclinó hacia abajo y recibió el borde de un charco de luz mientras sonreía. La suya era una cara bizantina, como la que uno podría encontrar entre los frescos de Rávena, en forma de almendra, con ojos oscuros, facciones claras. Pero Mountolive miraba, por decirlo así, a través de la cara de Nessim, la de Leila, su madre, tan parecida a él.

—¡Naruz! —llamó Nessim roncamente porque el hermano había saltado al agua para ajustar una red. ¡Naruz! —Apenas se podía oír en medio de esa conmoción. ¡Tenemos que irnos!

Y así por fin las dos barcas, con su farol cada una, semejante al ojo del cíclope, volvieron a través del agua oscura hasta el lejano embarcadero, donde Leila los esperaba impaciente con los caballos, en medio del silencio sonoro de mosquitos. Una luna joven estaba en lo alto.

La voz de ella llegó risueña a través de los aires variables del lago, reprendiéndolos por haberse demorado, y Naruz se reía.

—Hemos traído montones de pescados —gritó Nessim. Ella estaba en pie, un poco más oscura que la oscuridad, y las manos de los dos se encontraron como guiadas por un instinto perfeccionado que no hallaba lugar en sus mentes conscientes. El corazón de Mountolive latió cuando se puso en pie y ella lo ayudó a subir al muellecito. Pero apenas estuvieron los dos hermanos en tierra, Naruz gritó:

—Te corro una carrera hasta casa, Nessim —y los dos se lanzaron hacia los caballos, que se espantaron ante la ardiente arremetida.

—¡Cuidado! —les gritó ella vivamente. Pero no había pasado un segundo cuando ya habían partido, y los cascos repiqueteaban sobre el blando camino de la ribera mientras Naruz se reía como un Mefistófeles.

—¡Qué puede hacer una! —agregó ella con fingida resignación, y en seguida llegó el mayordomo con los caballos para ellos.

Montaron y partieron para la casa. Ordenando al criado que fuera adelante, con la linterna, Leila puso su caballo bien cerca, para que pudieran andar rodilla contra rodilla, solazado cada uno por el contacto del otro. No hacía mucho que eran amantes: diez días apenas; pero al juvenil Mountolive le parecía un siglo, una eternidad de desesperación y placer. Lo habían educado seriamente en Inglate-

rra, educado para que no deseara sentir. Todas las otras lecciones valiosas ya las había dominado a pesar de su juventud: afrontar con sangre fría los problemas de la sala y de la calle; pero a las emociones personales sólo podía oponerles el silencio nervioso de una sensibilidad nacional anestesiada hasta convertirse casi en una torpe taciturnidad: una educación en reticencias y vergüenzas seleccionadas. Rara vez marchan juntas la crianza y la sensibilidad, aunque la brecha puede disfrazarse fácilmente en códigos de maneras, formas de dirigirse al mundo. Había oído y leído de la pasión, pero mirándola como algo que nunca lo iba a asaltar; y allí estaba esa pasión, irrumpiendo en la vida secreta que él, como todo colegial excesivamente crecido seguía viviendo autónomamente detrás de la pantalla indulgente de las maneras y transacciones cotidianas, de la charla y afectos de todos los días. El hombre social dentro de él estaba sobremaduro antes de que el hombre interior hubiese llegado a ser adulto. Leila lo había dado vuelta como uno puede dar vuelta a un baúl viejo, revolviéndolo todo. Ahora sospechaba no ser más que un adolescente, fastidiosamente sentimental e implume, con las reservas agotadas. Casi indignado, advertía que allí por fin había algo por lo cual estaba dispuesto hasta a morir, algo cuya misma crudeza llevaba consigo un alado mensaje que penetraba hasta lo vivo de su mente. Aun en la oscuridad se sentía queriendo enrojecer. Algo absurdo. *Amar* era absurdo, cómo lo es un objeto arrancado de su sitio en la repisa del hogar. Se sorprendió a sí mismo preguntándose qué pensaría su madre si pudiera verlos así, cabalgando entre los espectros de estas palmeras, al lado de un lago que reflejaba la imagen de una luna nueva, rodilla contra rodilla.

—¿Estás contento? —le susurró Leila y él sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca. Los amantes no pueden encontrar nada que decirse uno a otro que no se haya dicho y callado mil veces. Los besos se inventaron para traducir en heridas estas nadas.